

consiguio así la redención eterna.» Son palabras de San Pablo en la Epistola a los Hebreos. Y si los antiguos sacrificios, en que se ofrecía la sangre de los toros y los cabritos, continúa el Apóstol, tenían cierta eficacia para purificar del pecado, «cuánto más no purificará nuestra conciencia de las obras muertas, para servir al Dios vivo, la sangre de Aquel que por el Espíritu Santo se ofreció sin mancha en la presencia de Dios. El es, por tanto, el Mediador del Nuevo Testamento, pues por medio de su muerte, rescate de las transgresiones que se alzaban bajo el Testamento antiguo, aquellos que fueron llamados podrán recibir la promesa de la heredad eterna».

Tal es el misterio de fe, en el cual el sacerdote, repitiendo, por orden de Cristo y con su mismo poder, las palabras de la institución eucarística, vuelve a realizar lo que Cristo realizó en la Última Cena. Y decimos misterio de fe, porque, si es verdad que Cristo continúa invisible a nuestros ojos corporales, para los ojos de nuestra alma, por medio de la luz de la fe, está allí presente, continuando su obra sobre la tierra. Este misterio es una conmemoración, o si se quiere, una acción, detrás de la cual está el hecho que se conmemora, de modo que la acción misma puede considerarse como un símbolo de ese hecho constantemente renovado. El gran drama del Calvario, como todos los sucesos históricos, pertenece ya al pasado, y no puede repetirse, pues, como decía San Pablo, al levantarse de entre los muertos, Cristo no puede ya morir. Su deseo, sin embargo, es quedarse con los amigos que no estuvieron junto a la cruz el primer Viernes Santo; y lo realiza por medio de una acción ritual y simbólica, por la cual, con su poder divino, hizo posible la representación del acto, no en todas sus circunstancias históricas accidentales, pero sí en su esencia eterna. Y nuestros ojos le ven; ven el rito los ojos de la carne; pero, a través del rito, los ojos de la fe llegan hasta la actualidad esencial. Los símbolos son para nosotros como cortinas. Si pudiésemos retirarlos un momento, veríamos la

gloria misma de Dios. Pero no lo necesitamos. Por nuestra fe, esta acción misteriosa pone a nuestra disposición los poderes del mundo futuro. «Bienaventurados los que no vieron y creyeron.»

«Haced esto en memoria mía», dijo Cristo, después de consagrar, es decir, de transmutar por vez primera el pan y el vino. Y con estas palabras encargó a los Apóstoles que hiciesen lo que El acababa de hacer en recuerdo de la oblación de sí mismo, en forma de sacrificio, por la salvación del mundo. Al día siguiente, Nuestro Señor consumió el sacrificio, no bajo los símbolos del misterio de fe, sino con toda su realidad sangrienta. Pero los Apóstoles sabían ya a qué atenerse para en adelante: el misterio de fe de la Última Cena ponía ante ellos aquella muerte saludable como el más perfecto de los sacrificios, como el acto salvador y santificador del Sumo Sacerdote. Después el Maestro resucita de entre los muertos y sube a sentarse a la diestra del Padre, demostrando así de una manera admirable que su sacrificio había sido agradable a Dios y que la Iglesia, por El fundada, tendría en El para siempre un Pontífice y un Mediador. Esta convicción estaba íntimamente relacionada con aquel mandato: «Haced esto en memoria mía». Recogiéndole amorosamente, los primeros discípulos empezaron a celebrar el recuerdo del Señor, repitiendo la liturgia solemne de la Última Cena. Por ella, el Maestro, sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, se hacía presente a la comunidad, distribuía entre sus miembros las gracias de la redención, los santificaba, los fortalecía y los unía más íntimamente con El. Y todo esto era para ellos la conmemoración de su muerte, pero de su muerte vista a la luz de su resurrección. Porque la resurrección es el sello, el complemento, la consagración del sacrificio de Cristo.

EL SACRIFICIO DE LA IGLESIA.

Esto mismo sigue siendo la Misa para nosotros, discípulos lejanos de Cristo. La obra re-